EL NUEVO HOMBRE VERDE

SERGIO FEDEROVISKY

EL NUEVO HOMBRE VERDE

Cómo el neoliberalismo nos hace responsables del desastre ecológico que provoca el sistema

Ci Capital intelectual

Federovisky, Sergio
El nuevo hombre verde : cómo el neoliberalismo nos hace responsables del desastre ecológico que provoca el sistema / Sergio Federovisky ; dirigido por José Natanson. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2018.
224 p. ; 20 x 14 cm. - (Claves del siglo XXI)

ISBN 978-987-614-558-9

1. Ecología. I. Natanson, José, dir. II. Título.
CDD 577

© de la presente edición, Capital Intelectual S.A., 2018

Capital Intelectual S.A.
Director: José Natanson

Coordinación: Creusa Muñoz
Edición: Oscar Finkelstein
Diseño de tapa: M. y Alejandra Mottesi
Diagramación: Daniela Coduto
Corrección: Julián Chappa
Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
Teléfono: (54-11) 4872-1300
www.editorialcapin.com.ar

Suscripciones: secretaria@eldiplo.org
Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

ISBN 978-987-614-558-9

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina
Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

Índice

Introducción (al neoliberalismo ecológico) 13

Parte I. Hacia la creación del nuevo hombre verde 33
I. El nuevo hombre verde tiene conciencia ecológica (a la fuerza) 35
II. El nuevo hombre verde es un solo hombre (verde) 51
III. El nuevo hombre verde va a la moda (ecológica) 65
IV. El nuevo hombre verde y la ética (de la autoayuda) 77
V. El nuevo hombre verde es (y debe ser) sustentable, o no será 95
VI. El yo y el nosotros 107

Parte II. Los desafíos del nuevo hombre verde 123
I. Los superhéroes no existen 125
II. El Estado de los Estados 127
III. La contaminación como regla 147

Parte III. El Papa verde, un adversario ideológico inesperado 161
I. Es el sistema, estúpido 163

Parte IV. Diez cosas que un gobierno debería hacer para salvar el planeta 179

A modo de cierre, para abrir la discusión 211

Bibliografía 221

A Irene. Siempre.

A nuestros hijos, para que –ojalá– puedan vivir en una sociedad menos contaminada (en todos sus aspectos).

Agradecimientos

En este libro participaron con sus ideas, opiniones, consejos y aportes, muchos de los que me acompañaron, muchas veces sin saberlo, con su pensamiento y sus libros durante los muchos años en los que estas ideas estuvieron macerando en mi cabeza. Pero de manera explícita quiero agradecer a José Natanson, quien una mañana disparó con las inquietudes para su propio libro un montón de ideas desordenadas que quise –y espero haber logrado– ordenar en este trabajo; a Antonio Brailovsky, por su generosidad de siempre al compartir sus reflexiones, y a Eduardo Gudynas, que se hizo un espacio para discutir conmigo –un admirador infatigable de sus trabajos– acerca del neoliberalismo y sus variantes. Todos los demás, igualmente imprescindibles, están testimoniados en mis citas: apenas, modestamente, me dediqué a hilvanar sus ideas.

Introducción (al neoliberalismo ecológico)

Una conversación con José Natanson derivó en una pregunta de esas cuya respuesta es compleja, por no decir controvertida o incluso habitualmente inabordable. Pero lógica y pertinente. ¿Por qué aquellos que portan las ideas más conservadoras, esas generalmente asociadas a la promoción de la modalidad más lucrativa de capitalismo, que entienden a la explotación de los recursos naturales como una condición para la acumulación de la renta y el hipotético –pero no garantido– derrame social consecuente, que defienden la noción del "progreso" o el "desarrollismo" unidireccional como única opción para el crecimiento económico de una sociedad, son quienes hoy más enarbolan las banderas de "lo verde"?

Natanson me ofrecía como "modelo" de ese interrogante sin respuesta lo que se viene conformando desde hace una década en la ciudad de Buenos Aires, primera experiencia explícita de una administración conservadora, de derecha no culposa, que expresa su forma de concebir la construcción del Estado y sus consecuentes esquemas de gobierno, y mantiene un grado importante de aceptación electoral. Al acceder mediante la alianza Cambiemos al gobierno de Argentina (y simultáneamente al de la provincia de Buenos Aires, con lo que los tres distritos más importantes quedaron en manos conservadoras), tal situación adquirió lógicamente otro relieve.

Podría decirse que la incorporación del lenguaje "verde" al discurso de un gobierno conservador responde a una necesidad de integrar una subjetividad que está claramente inscripta en la época y que, de no incorporarla, se corre el riesgo de pagar un costo político por su ausencia. Pero ese oportunismo discursivo podría caberle a cualquier gobierno, de cualquier signo ideológico. Por lo tanto, tal explicación, en relación a la administración conservadora, puede ser verosímil pero no completa ni exhaustiva. Más aún, corre el peligro de *superficializar* el resultado de un sistema de ideas –y de gobernanza– que sin dudas es más complejo y excede el "oportunismo" de adoptar un discurso de ocasión.

El propio Natanson hurga en el dispositivo conservador solicitando a los interpelados que no cometan el error (probablemente fruto del entusiasmo de imaginar y desear el derretimiento de una experiencia que conciben "azarosa") de describir al macrismo (movimiento político encabezado por el ingeniero Mauricio Macri) como "un golpe de suerte". A la habilidad táctica y la presteza de una campaña electoral hay que añadirle otros interrogantes a responder si verdaderamente se quiere entender el fenómeno; es decir, respetar su construcción aunque no agrade su pensamiento de base.

"¿Qué tendencias sociales logró interpelar? ¿Qué entendió Macri de Argentina?", se preguntaba Natanson. En esas preguntas, el propio Natanson incluyó –y derivó originalmente hacia mí esa inquietud– la incógnita acerca de qué cuerdas vinculadas a la ecología y el medio ambiente tocó el macrismo para aprehender el relato verde sin ser presuntamente portador del gen que lo determine. Se suele decir, y hay nutrida literatura y experiencia al respecto, que si algo cuestiona el sistema es la crítica ecológica. Por eso, la tendencia natural es a identificar

a sectores progresistas o de izquierda, aquellos que cuestionan la esencia del sistema, enarbolando banderas ecológicas, y no a los sectores que apañan al capitalismo. Ya en sus cuatro leyes de la ecología, Barry Commoner, biólogo estadounidense de izquierda que llegó a ser candidato a presidente por el Partido de la Ciudadanía, exponía el modo en que el capitalismo desdeñaba o, lo que es peor, contradecía las bases lógicas y obvias del funcionamiento de la naturaleza. Y, del mismo modo, el economista James O'Connor, otro gran teórico de las cuestiones ambientales contemporáneas, resaltaba que cuando se habla de desarrollo sustentable en verdad debe hablarse de "capitalismo sustentable" e inmediatamente indicar que se trata de un oxímoron, una contradicción insalvable, puesto que un modelo de acumulación de riqueza no es compatible con el mantenimiento en el largo plazo del soporte físico y vital (los recursos naturales) sobre el que apoya su proclama de crecimiento lineal. En consecuencia, si se constata el deterioro ambiental inocultable que se expresa tanto a nivel local como global, un procedimiento de honestidad intelectual básica conduce inexorablemente a encontrar en la esencia del capitalismo las causas de ese deterioro: la deforestación, la pérdida de especies y lógicamente el cambio climático, entre las más evidentes, son expresiones inherentes al modo de apropiación de los recursos y al modo de distribución de la riqueza obtenida. Y son resultado del modelo imperante, que no es apenas el capitalismo a secas, sino lo que hoy se da en llamar "neoliberalismo". Detenerse en identificar los problemas ambientales más acuciantes y buscar con vocación respuestas para enfrentarlos implica un examen crítico del sistema en que esos problemas se expresan. Y obliga a pensar qué modelos económico-sociales tienen, al menos en la teoría, la capacidad para enfrentar seriamente, y con alguna

posibilidad así sea mínima de éxito, la tendencia al deterioro ambiental que se manifiesta de modo creciente y cada vez más agudo desde hace cincuenta años.

El medio ambiente siempre cuestiona al sistema, pues es el sistema –con sus dispositivos sociales y de abordaje de la naturaleza– el que desata esos problemas ambientales, que bien podrían concebirse como "daños colaterales de decisiones económicas": la sola elección de un modelo (agrícola, minero, productivo) deviene en y configura un escenario ecológico en el que se expresan esos "problemas ambientales". El calentamiento global, salvo para Donald Trump y sus secuaces del *lobby* petrolero que instalaron la posverdad como método de coerción política antes incluso de la existencia misma del concepto de *posverdad*, es una expresión del escenario ecológico configurado a partir del modo de producción del capitalismo nacido de la Revolución Industrial. Nicholas Stern, el economista inglés que proyectó en 2006 los costos del cambio climático y diez años más tarde debió admitir que los había subestimado[1], calificó al calentamiento global como el fracaso más grande del mercado en toda su historia. O, como es posible leerlo desde una misma noción pero con otra perspectiva, es la negación de la hipotética –y falaz– capacidad de regulación que ostenta, para los teóricos del neoliberalismo, el mercado. Eso le otorga a los denominados "problemas ambientales" dos cualidades: ser una derivación del modelo económico –un "daño colateral"– y solo poder ser abordados en un cuestionamiento a dicho modelo económico.

1 Disponible en https://www.theguardian.com/environment/2016/nov/06/nicholas-stern-climate-change-review-10-years-on-interview-decisive-years-humanity.

El desafío para los intelectuales del capitalismo actual es cómo, desde una perspectiva ambiental, defender el mercado si todas las pistas llevan a condenarlo. O cómo integrar en el discurso político la variable ambiental al tiempo que se sostiene el sistema económico que desata la crisis ecológica. Muy simple: demoliendo piedra a piedra la idea de que el "culpable" es el sistema y trasladando esa responsabilidad a los integrantes individuales de la sociedad. Cada uno de nosotros aparece como responsable por aquello que hace un sistema en el que las responsabilidades no son, ni remotamente, equivalentes.

Sí hay coincidencia, tanto en los adherentes como en los detractores del modelo imperante desde la caída del Muro de Berlín, en que es el sistema económico-social (el capitalismo) el que determina el grado de deterioro del ambiente, y también existe consenso en que ese deterioro ha alcanzado niveles alarmantes, entonces debe resultar llamativo que quienes defienden intelectualmente las bases de ese sistema –o al menos no exponen ninguna convicción de que es necesario reemplazarlo– puedan apropiarse del enunciado de la receta ambiental para revertirlo.

Y lo que resulta aún más llamativo es que convivan esa apropiación del lenguaje ambiental con la permanencia de un discurso que, en su esencia, sigue considerando que el progreso se mide en cantidades (de hormigón, de contaminación, de dióxido de carbono), que solo tienen como contraparte el deterioro del ambiente. El desarrollismo sigue vigente como idea madre de crecimiento económico. Aunque el mundo no sea en modo alguno el que se vislumbró y diseñó hace sesenta años.

Antes de avanzar conviene aclarar que la denominación de "neoliberalismo" puede resultar algo imperfecta según las categorías a las que está acostumbrada la ciencia política (aunque

debamos reconocer que esa imperfección es consustancial a una disciplina que difícilmente pueda, siguiendo patrones más o menos ortodoxos, considerarse "ciencia"). No obstante, me permito a los fines de este trabajo enmarcar la actual corriente política conservadora –que alberga a Macri pero también a Theresa May, Emmanuel Macron o Donald Trump– dentro de un esquema de pensamiento, y de acción, que denominaré "neoliberal", aun a sabiendas de lo grueso de la definición y de las inexactitudes que pueda arrastrar.

El mismo Natanson, quien disparó esta inquietud, debió apelar a una adjetivación adicional de la palabra "neoliberal" para no pecar de impreciso: habla del "neoliberalismo macrista", dando por sentado que hay otros que integran esa misma corriente pero se diferencian con más o menos distancia dentro de la derecha del dial político. Y describe al neoliberalismo macrista, de acuerdo con lo mostrado en el ejercicio del poder en la ciudad de Buenos Aires durante ocho años, pero también por los parámetros esbozados en sus dos primeros años al frente de la administración nacional, como "un neoliberalismo desregulador, aperturista, antiindustrialista y, por supuesto, socialmente regresivo, pero no privatizador ni antiestatista". Para nuestros propósitos podríamos decir que es un neoliberalismo que entiende que la naturaleza es "la" proveedora de recursos para la acumulación de riqueza en la sociedad y que, ante una eventual inexistencia de regulaciones (o la existencia de regulaciones laxas), el único límite a la exacción de los recursos lo fija la capacidad tecnológica disponible.

Eduardo Gudynas, uno de los mejores analistas y estudiosos del fenómeno del extractivismo en América latina, exige precisiones mayores a la hora de catalogar un determinado modelo de gobierno dentro del neoliberalismo, pues entiende que

aquellos que, como el macrismo, admiten una participación del Estado así sea en el cobijo de los sectores más desfavorecidos, reclaman para sí una calificación más cercana al neoconservadurismo. Sin embargo, fue el propio Gudynas quien a mediados de los noventa comenzó a hablar de la irrupción de un "neoliberalismo ambiental" o "ambientalismo de libre mercado": a diferencia de sus antecesores, discernía, "no se niegan los problemas ambientales sino que se busca incorporarlos". La modalidad para esa incorporación es la de indicar que el neoliberalismo contempla en sus políticas, hipotéticamente, la condición ambiental, y que será la tecnología la que defina los mecanismos para prevenir la profundización del deterioro y los límites últimos de las prácticas amigables con el ambiente.

Razmig Keucheyan acompaña la noción de que el neoliberalismo ha dejado de ser neutral en el conflicto ambiental. Para este sociólogo suizo la naturaleza es hoy el campo de batalla. Literalmente. En su concepción, el neoliberalismo, aquello que caracteriza la época a partir de los gobiernos de simientes conservadoras, es una modalidad de acumulación de capital en la cual la burguesía financiera prevaleció sobre las otras fracciones de la elite. La definición se apoya en la idea marxista de poder según la cual el sector dominante no puede funcionar, al menos con coherencia, sin la hegemonía y dirección de uno de los componentes. Hoy ese componente que acumula recursos y los asigna es el sector financiero.

Aceptando una vez más que hablamos de neoliberalismo con las impurezas que le caben a un trabajo en el que no es la precisión de la ciencia política lo que lo define, podemos ubicar debajo de ese paraguas a gran parte de los gobiernos que definen a Occidente y asimismo podemos situarlo como el antagonista de los "populismos" con los que alternó el acceso

al poder en los últimos veinte años en América latina. Digo antagonista y no opuesto porque, al menos según mis ideas, no considero que la opción al neoliberalismo sea lo que veloz y poco académicamente se hizo –y se dejó– llamar populismo. Es indudablemente tema de otro trabajo, pero la alternativa a un capitalismo financiarizado no parece ser un capitalismo prebendario, como finalmente terminó configurándose el llamado "populismo", sin ninguna intención de modificar la tenencia de los modos de producción. Aunque, también siguiendo a Gudynas, se debe reconocer que, con una lógica similar de exacción de la naturaleza, la diferencia a favor de los llamados "populismos" es la tendencia a la aplicación de los excedentes con fines sociales.

No obstante, se pueden establecer lógicamente diferencias en cuanto a qué sectores se atienden socialmente antes y qué grado de contención social tiene una u otra forma de administración del Estado. Pero, paradójicamente, el llamado "populismo" –como hemos explicado en trabajos anteriores– cree que por su presunta procedencia nacional y popular tiene garantizado el cielo del medio ambiente, no porque detenga su devastación sino porque la acumulación resultante de su explotación no es destinada a la acumulación financiera (al menos no mayoritariamente) sino que sirve para solventar redes de contención y –algo– de ascenso social[2].

En cambio, el neoliberalismo no se considera genéticamente dotado de un comportamiento asociado a la protección del ambiente, como sí se cree portador de la antorcha de la "libertad"

2 Ver *Argentina, de espaldas a la ecología*, Ed. Capital intelectual (Le Monde diplomatique), 2014.

(entendida en los parámetros capitalistas de protección de la propiedad privada). El neoliberalismo no sobreactúa su compromiso con la propiedad privada; no lo necesita: es su estandarte. No es constitutivo en cambio el apego a las cuestiones ambientales, toda vez que históricamente el desarrollismo (y en su imagen especular también el estatismo estalinista) ha entendido, y sigue entendiendo, a la regulación ambiental como una traba y al daño ecológico una externalización inevitable, solo atenuable.

En consecuencia, ¿sobreactúa su compromiso ecológico? ¿O lo inscribe en su agenda porque la sociedad lo demanda? ¿O lo admite, a diferencia de sus antecesores, y persigue la forma de atenuar el daño ambiental porque sabe de la ética de la época que transita? ¿O conoce de lo inherente que el daño ambiental es al modo capitalista de producción y, ante lo inevitable, busca expiar alguna culpa diseñando un esquema de asunción individual de las responsabilidades derivadas del sistema?

Es inocultable, aunque sorprendente, que el neoliberalismo macrista incorpora con más fruición que la esperada el discurso ambiental en su relato. Aun sabiendo, como reconocen en privado sus dirigentes, que no son votos –al menos determinantes para una victoria o una derrota– lo que se obtiene integrando ese vocabulario a su léxico político. O, peor aún, reconociendo que esa integración al discurso no necesariamente, y en general pocas veces, se comprueba en los compromisos de gestión.

Mauricio Macri, como Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, fue el primero en introducir el eslogan de "ciudad verde". La misma "ciudad verde" que durante la totalidad de su administración incumplió groseramente con la Ley de Basura Cero, una de las instancias iniciales a través de la cual

podía revelar el compromiso ecológico de un gobierno. La modernidad, la tecnología, la decisión de parecerse a ciudades avanzadas, el espejo de los países ricos, todo es –en teoría– conducente a una gestión de los residuos acorde a un esquema más cercano a la economía circular que a la economía lineal. Pero no. La "ciudad verde" solo invirtió en algo de tecnología de recuperación de residuos cuando una crisis política se lo impuso[3] y, aun así, los niveles de reciclaje del principal núcleo urbano de Argentina –con estándares de consumo e ingresos europeos y no latinoamericanos– son insignificantes.

Pero el neoliberalismo macrista consideró necesario introducir su consigna de "ciudad verde" aunque los parámetros que la sustentarían no fuesen comprobables. Del mismo modo, aupado en la misma consigna de "ciudad verde", el neoliberalismo macrista impulsó la delimitación de bicisendas, y la convocatoria a andar en bicicleta. Lo notable es la comprobación de que la integración de un discurso verde no supone de manera automática una gestión ambiental equivalente. Los estándares

3 Hasta fines de 2012, la ciudad de Buenos Aires volcaba la totalidad de sus residuos, sin prácticamente ningún nivel de recuperación o reciclaje, en los rellenos sanitarios que opera el CEAMSE en la provincia de Buenos Aires. El horizonte de agotamiento de los rellenos, sumado a un creciente enfrentamiento político entre los dos distritos, gobernados por quienes luego serían los adversarios principales en la siguiente elección presidencial, y la Nación entonces gobernada por el kirchnerismo, fue lo que impuso a la Ciudad de Buenos Aires la exigencia de instalar una planta de tratamiento de escombros áridos en su territorio y una de tratamiento mecánico-biológico que recupera menos del 10% de lo que finalmente se entierra. Al cierre de este trabajo, la Ciudad de Buenos Aires, que sigue gobernada por el PRO, promueve la instalación de plantas de incineración sobre la base de una proyección que indica que los rellenos sanitarios van rumbo a un nuevo horizonte de agotamiento.

ambientales de la ciudad de Buenos Aires no presentan mejoras claras a partir de ser calificada como "verde" por sus gobernantes neoliberales: los niveles de contaminación son los mismos, en el Río de la Plata está prohibido bañarse, como hace cuarenta años, y la gestión sobre el Matanza-Riachuelo no logra expresar mejoría.

Pero el discurso verde se mantiene y la gestión –o la falta de ella–paradójicamente no parece provocaren la sociedad mácula determinante que cuestione ese relato.

El salto a la Nación por parte de la primera fuerza neoliberal –o de derecha, o conservadora– que alcanza el poder mediante elecciones en Argentina era un desafío para esa postura. ¿Se trataba de un eslogan de alcance local con rasgos vecinalistas? ¿Podría una gestión nacional conservadora que entiende que el desarrollo deviene de convocar a inversiones extractivistas sostener un discurso "verde"?

Un paso inicial, presuntamente auspicioso, fue la creación del Ministerio de Medio Ambiente, primera vez que dicha temática alcanzaba semejante rango institucional en el país. La aparición simultánea de una veintena de ministerios con la misma reivindicación de superar una especie de injusticia escalafonaria histórica hizo dudar de si el ambiente había sido ciertamente beneficiado de manera particular o simplemente subido a una ola de burocracia marketinera, que iba desde la Modernización hasta la Cultura o la Agroindustria. Lo que puede observarse tras dos años de gestión no da lugar a la satisfacción de la expectativa por considerar la creación de un Ministerio de Ambiente como un compromiso real para desandar el atraso en la temática: las políticas públicas en materia de medio ambiente siguen siendo establecidas por los patrones productivistas o extractivistas y la nueva instancia institucional

apenas reclama la existencia de "controles" (paradójicamente pedidos por el mismo Estado que debe controlar) y el cumplimiento de la ley, de una forma tan genérica que convierte la frase en vacua. Un tremendo contrasentido, en ese aspecto, lo expresó el trasiego de la Ley de Glaciares: el ministro de Ambiente asumió asegurando que el conflicto social con la minería a cielo abierto se superaría "cumpliendo la ley"[4] (se supone que la que está vigente), pero luego acompañó la intención del *lobby* minero para la modificación, a favor de la estrategia empresarial, de la misma norma que un año y medio antes decía que había que respetar.

No aparecen políticas públicas mensurables, identificables o de peso que cambien la tendencia en materia de recuperación de ambientes degradados ni de reconversión de industrias ni de cambio de paradigma en la matriz energética. Pero sí aparecen todas las invocaciones en esa dirección: el gobierno neoliberal ha conseguido hablar de sí mismo como si se tratase de otro. Es –dice de sí– el gobierno que mayor compromiso tiene con las energías renovables y alternativas, pero construye mega represas hidroeléctricas, llama a levantar centrales nucleares en nombre del progreso y define al petróleo como el eje del diseño del futuro (tiene, de hecho, a cargo de la cartera energética a un "hombre del petróleo", que fue principal ejecutivo de Shell en Argentina durante años). Eso solo por citar un ejemplo.

Si volvemos a la petición interpretativa de Natanson hay que coincidir en que la formulación de un discurso –obviamente– no presupone su cumplimiento. Ni siquiera el intento

4 Disponible en http://www.diariohuarpe.com/actualidad/politica/bergman-en-jachalla-ley-de-glaciares-se-tiene-que-cumplir/.

de llevarlo a la práctica. Pero lo que obliga a pensar en el registro actual del neoliberalismo es por qué pese a que en algunos aspectos la distancia entre su discurso y la práctica en la política ambiental es casi la máxima que se puede alcanzar, su postulación retórica sigue resultando convincente.

¿Por qué la gente cree que es portador de "lo verde" un gobierno que expresa en su esencia económica una idea contradictoria con la defensa del ambiente?

Está claro que se puede, y se debe, llevar el interrogante más allá de los límites de Argentina. Aunque buena parte de los ejemplos que desandaremos en este trabajo por razones obvias tengan localización en el país, muchos de los mismos son extrapolables. De hecho, la sola postulación de que el mundo va haciendo frente al cambio climático por parte de una burocracia internacional que solo ha edificado fracasos en esa política es una demostración palpable de que se puede sostener un discurso –y hacer creer a algunos o a muchos que ese discurso es real–mientras la práctica lo niega, va en sentido opuesto o simplemente fracasa reiteradamente.

Es más, buena parte de los gobiernos centrales del mundo, que deciden políticas y han convertido al planeta en un ámbito de acumulación de riqueza descomunal y sin precedentes, pueden ser identificados con la idea del neoliberalismo (o sus sucedáneos o parientes más cercanos) y sin embargo son los que portan las banderas de la protección ambiental. Alguien podría decir, al mismo tiempo, que son también quienes se arrogan el batallar contra la pobreza en tiempos en que la distancia entre ricos y pobres es la más profunda de la historia. Parece equivalente.

El único que en apariencia desentona, aunque en verdad no lo hace, es Donald Trump, el presidente del país más contaminante

del mundo. Dice –hasta con un vocabulario de similar vulgaridad– que la cuestión ecológica le importa un bledo: si hay que volver al carbón y levantar todas las regulaciones ambientales para que las empresas cuenten con mejores incentivos para producir y dar trabajo aun a costa de la calidad del ambiente, adelante. Si hay que retirarse del Acuerdo de París (como se verá más adelante, abandona un fracaso, aclaremos; no un éxito) porque sus implicancias ponen en riesgo las promesas de mayor cantidad –aunque no mayor calidad– de empleo, adelante. Si hay que retomar un discurso anquilosado y maniqueo que coloca a China al frente de un complot para la creación de una estafa intelectual como el cambio climático solo para hacer perder competitividad a la economía estadounidense, adelante.

Una pregunta obligada es si no será Trump el único del espectro neoliberal –en su más amplio arcoíris– que dice la verdad de lo que piensa, y no tiene pruritos en señalar lo que suena políticamente incorrecto, pero acorde con su ideología.

Lo que sí se puede es analizar cuáles rasgos del macrismo neoliberal, y de sus parientes ideológicos en el resto de los países administrados por gobiernos conservadores, han hecho posible que su prédica sea más convincente que su práctica. El macrismo neoliberal sintoniza con los intangibles de la época, al menos para un sector determinante de la opinión pública y el voto. El neoliberalismo es discursivamente consistente con aquello de ser coherente con lo que "pide" la subjetividad de la época, y responde en esa dirección. Lo dice el propio Natanson: el cuidado del medio ambiente, el cuidado de uno mismo y el cuidado de la cotidianeidad son los ejes de un mensaje que también tiene una matriz muy identificable. La del individuo por encima de la sociedad. La de uno mismo por encima del conjunto.

Hay una reminiscencia thatcheriana en la idea. "La sociedad no existe", decía la ex primera ministra británica Margaret Thatcher, a la que se suele sindicar como la madre intelectual del neoliberalismo a partir de la enunciación de esa frase, que desnuda la esencia de las políticas que rompen con toda contención social por parte del Estado. El padre vendría a ser Ronald Reagan. "Solo existen hombres y mujeres individuales", agregaba, y parecía que su sentencia era una descripción del sentido común aritmético cuando en verdad se trataba de una definición extraordinariamente ideológica del sistema capitalista a punto de iniciar su proceso colosal de globalización, concentración de riqueza y consolidación de una consecuente marcha indetenible hacia la crisis ecológica.

¿Cómo hace un gobernante cuando pretende diluir la responsabilidad de un sector sobre el conjunto de la sociedad o, si es posible, ocultarla? ¿Cómo hace un gobernante cuando pretende confrontar discursivamente –para luego hacerlo en la práctica– con la perspectiva marxista de que existe un poder dominante en la sociedad y una lucha de clases que motoriza la historia? Convierte todo en una cuestión individual: las cosas pasan o dejan de pasar porque cada uno de nosotros tiene, alcanza o carece del compromiso suficiente. El medio ambiente es quizás uno de los mejores caldos en los que puede cultivarse esa idea. Desde la patética acusación de que los basurales a cielo abierto permanecen porque no aprendimos a dejar de tirar los papelitos por la ventanilla del auto hasta la presunción acusatoria de que el calentamiento global es porque derrochamos calefacción o refrigeración, todo intento por aplicar un juicio sumario individual para condenar por lo que sufre ecológicamente el planeta es en verdad una estrategia para enmascarar la identidad real de

los verdaderos culpables y la responsabilidad determinante del sistema económico en dicha crisis ambiental.

Es un mensaje individualizante. Por sobre todas las cosas.

Un mensaje individualizante que articula de manera extraordinaria con los mitos que nos hacen creer que cuando se logre aplicar tal o cual receta todo será felicidad plena y eterna: el desarrollo sustentable, que detendrá la destrucción del planeta, llegará cuando tomemos conciencia de su infalibilidad.

Ese mensaje articula de manera extraordinaria con los mitos que Claude Lévi-Strauss exhibía como creaciones lingüísticas reiteradas como verdades aunque se conociera su falsedad intrínseca, cuya finalidad es cubrir un bache de conocimiento o fundir en un nuevo concepto una idea que calme la angustia por el porvenir indescifrable. La propalación de mitos ("minería sustentable" quizás es el más grosero por su imposibilidad absoluta de significante) es complementaria con la noción de producir una narración que establezca una articulación con las demandas de la época. "Conciencia ecológica" es, en ese sentido, quizá la creación mítica más acabada y lograda pues va en el mismo plano que la negación de la sociedad y la sola existencia acumulativa de individuos: el presente es angustiante por la debacle ecológica, el futuro se nos configura como un marasmo ambiental y climático, entonces como la sociedad es apenas una suma de individuos, en la medida en que cada uno adopte el umbral de conciencia necesario para enfrentar las amenazas el porvenir será menos catastrófico.

Es un mensaje individualizante que esconde las responsabilidades particulares dentro del sistema y las características esencialmente destructivas de ese mismo sistema, pero que –y esto es lo que atañe a este trabajo– resulta verosímil, penetra.

Bibliografía que sostenga esa concepción hay bastante. Algunas son naves insignia del individualismo y los mitos ambientales como *50 cosas que los niños pueden hacer para salvar la Tierra*, que fue escrita y publicada sin que se creyera que se estaba frente a una sátira o una burla.

Una concepción opuesta, en cambio, sostiene que la sociedad sí existe como sujeto político. Y que dentro de la sociedad hay responsables, culpables y víctimas. Y que en el tríptico "capital, naturaleza y Estado" es este último el que tiene capacidad para determinar para qué lado se inclina la balanza. El Estado no es apenas un instrumento burocrático sino que es un asignador activo de recursos y, a través de ellos, de defensa de los intereses de ciertos sectores en detrimento de otros. Bibliografía para sostener esa concepción hay, y en general se la suele considerar sesgada o, lo que es peor, ideológica (tomando esa palabra como calificativo despectivo).

Al buscar y volver a identificar esa bibliografía que sitúa en el modelo económico y social las causas (y las soluciones) de la crisis ecológica, reparé en la presunta contradicción que implica que el mayor andamiaje discursivo estructurado para rebatir la idea del individualismo como motor de algo mejor en materia ambiental proviniese de una religión, es decir de un cuerpo de ideas pensado y diseñado justamente para el individuo. La encíclica *Laudato si'* sorprende precisamente porque lo que se espera de un documento eclesiástico es una convocatoria al compromiso personal, casi a la bondad como vehículo para la redención. No es así y por eso su análisis merece un espacio propio en este trabajo.

La apelación a la contrición como sendero de obtención de la felicidad en el formato del desarrollo sustentable es, en cambio, una estrategia del neoliberalismo. Una estrategia, hay que decirlo, exitosa.

La construcción de individuo que deviene de dicha estrategia bien podría bautizarse "el nuevo hombre verde". Es el fruto del llamado a hacerse cargo, en términos personales, de las falencias de la política en su tarea de reformulación del sistema. Es el resultado de desplazar hacia el individuo aquello que con sus decisiones va modelando el Estado. Y como ocurre siempre, máxime cuando todo es consecuencia del discurso y de la verosimilitud del mismo, el nuevo hombre verde es una fabricación del lenguaje, donde las palabras son cruciales.

El nuevo hombre verde es sustentable.

El nuevo hombre verde es ambientalmente consciente.

El nuevo hombre verde es parte del progreso.

El nuevo hombre verde es respetuoso con la naturaleza.

Poco importa si la sociedad –producto de la participación determinante del Estado y la clase dominante– contradice esos preceptos y exhibe resultados opuestos en materia de resolución de la crisis ambiental.

Semejante contradicción, entiendo, debe ser analizada y desentrañada. Seguramente no obtendremos respuesta a todos los interrogantes que me planteó Natanson, pero sí habremos cumplido con lo que creo es una obligación ética: buscar e identificar los mecanismos que hacen a los individuos, en lo concerniente al medio ambiente, rehenes de sí mismos.

Hace al menos cuarenta años la sociedad se interroga acerca de la solución a los problemas ambientales que, cada vez más, le provocan angustia individual y colectiva. Hace al menos cuarenta años que se ofrecen respuestas claramente insatisfactorias e insuficientes: pese a la frenética intención de corporizar el nuevo hombre verde, el deterioro del ambiente no se detiene sino que se acentúa. Hace al menos cuarenta años que se sabe, porque no hay secretos tecnológicos ni científicos respecto de

cuáles son los remedios para los males ecológicos, qué recetas hay que aplicar: se sabe que esas recetas deben provenir de la política y seguramente por eso se las licúa en una apelación individualista éticamente irreprochable pero fácticamente insustancial e ineficaz.

Entiendo que es necesario disecar ese nuevo hombre verde para entender cuánto del engaño intelectual del neoliberalismo (involuntario o ex profeso) interviene en su diseño y ejecución. Y si, como presumo, el diseño y la ejecución del nuevo hombre verde son la forma de disfrazar a un sistema que se consume al hombre sea del color que fuere, también es parte de la obligación intelectual ética desmontarlo.

Allí vamos.